

cho viejas en esa *Memoria*. Hoy mi política exterior, por muchos conceptos, no sería la misma; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas; pero ha quedado el fondo de las verdades. He insertado esta *Memoria* íntegra para vengar una vez más á la Restauración de las reconvenções absurdas que se obstinan en dirigirle, á pesar de la evidencia de los hechos. Así que la restauración eligió sus ministros de entre sus amigos, no dejó de ocuparse de la independencia y del honor de la Francia: se pronunció contra los tratados de Viena, y reclamó fronteras protectoras; no por la gloria vana de extenderse hasta las orillas del Rhin, sino para buscar su seguridad. Se rió cuando se le hablaba del equilibrio de Europa, equilibrio roto con tanta injusticia hácia ella: por eso deseó primero atrincherarse en el Mediodía ya que habían querido desarmarla en el Norte. En Navarino volvió á hallar una marina y la libertad de la Grecia; la cuestión de Oriente no la cogió de sorpresa.

He conservado tres opiniones sobre el Oriente desde la época en que escribí dicha *Memoria*.

1.º Si la Turquía de Europa debe ser dividida, debemos tener una parte en ese reparto por un aumento de territorio en nuestras fronteras, y por la posesión de algun punto militar en el Archipiélago. Comparar el reparto de la Turquía con el reparto de la Polonia es un absurdo.

2.º Considerar la Turquía tal como estaba en el reinado de Francisco I, como una potencia útil á nuestra política, es quitar tres siglos á nuestra historia.

3.º Pretender civilizar la Turquía, dándole barcos de vapor y caminos de hierro, disciplinando sus ejércitos, enseñándole á dirigir sus escuadras, no es extender la civilización en Oriente, sino introducir la barbarie en el Occidente. Otros futuros Ibrahims podrán hacer retroceder el porvenir á los tiempos de Carlos Martel, ó á los del sitio de Viena, cuando fue salvada Europa por esa heroica Polonia, sobre quien pesa la ingratitud de los reyes.

Debo hacer notar que he sido el único con Benjamin Constant en señalar la impresión de los gobiernos cristianos: un pueblo cuyo orden social está fundado en la esclavitud y la poligamia, es un pueblo que es preciso confinar á los climas de los mongoles.

En último resultado, la Turquía de Europa, convertida en vasalla de la Rusia en virtud del tratado de Unkiar-Skelessi, no existe ya. Si la cuestión debe decidirse inmediatamente, lo cual dudo, sería quizá mejor que un imperio independiente tuviese establecida su capital en Constantinopla é hiciese un todo de la Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto á Mehemet-Ali, arrendatario y aduanero inexorable, el Egipto, en interés de la Francia, está mejor guardado por él que lo estaría por los ingleses.

Pero me estoy cansando en demostrar el honor de la restauración. ¿Quién se cuida de lo que ha hecho, y sobre todo, quién se cuidará de ello dentro de algunos años? Tanto valdría tomar á pecho los intereses de Tiro y de Ecbatana. Ese mundo pasado ni existe ya ni existirá. Después de Alejandro, principió el poder romano; después de César el cristianismo cambió el mundo; después de Carlo-Magno, la noche feudal engendró una nueva sociedad; después de Napoleón, nada: no se ve venir ni imperio, ni religión, ni bárbaros. La civilización ha subido al mas alto grado; pero es una civilización material, infecunda, que nada puede producir, porque no puede darse la vida sino por medio de la moral: no se llega á la creación de los pueblos sino por los caminos del cielo: los caminos de hierro no harán sino conducirnos con mas rapidez al abismo.

Estos son los prolegómenos que me parecían necesarios para la inteligencia de la *Memoria* que sigue,

y que se halla igualmente en el ministerio de Negocios Extranjeros.

Carta al señor conde de La Ferronnays.

Roma 30 de noviembre de 1828.

«En vuestra carta particular del 40 de noviembre, mi noble amigo, me deciais: «Os dirijo un breve resumen de nuestra situación política, y espero que seáis tan amable que me hareis conocer en cambio vuestras ideas, siempre tan dignas de ser conocidas en semejante materia.»

«Vuestra amistad, noble conde, me juzga con demasiada indulgencia; remitiéndoos la *Memoria* adjunta, yo no creo de modo alguno ilustraros; yo no hago mas que obedeceros.»

MEMORIA.

PRIMERA PARTE.

A la distancia en que me hallo del teatro de los sucesos, y en la ignorancia casi completa en que estoy del estado de las negociaciones, apenas me es posible razonar convenientemente. Sin embargo, como hace mucho tiempo tengo adoptado mi sistema sobre la política interior de la Francia; como yo, por decirlo así, he sido el primero á reclamar la emancipación de la Grecia, someto gustoso, noble conde, mis ideas á vuestra ilustración.

Aun no se había iniciado la cuestión del tratado de 6 de julio, cuando yo publiqué mi *Nota sobre la Grecia*. Esta nota encerraba el germen del tratado: yo proponía á las cinco grandes potencias de la Europa dirigir un despacho colectivo al diván, exigiéndole imperativamente la cesación de toda hostilidad entre la Puerta y los griegos, y en el caso de una negativa, las cinco potencias deberían declarar que reconocían la independencia del gobierno griego, y que estaban dispuestas á recibir á los agentes diplomáticos de este gobierno.

Esta *Nota* fue leída por los diversos gabinetes. El puesto que yo había ocupado como ministro de Negocios Extranjeros daba cierta importancia á mi opinión, pero lo que hubo aquí de singular fue que el príncipe de Metternich se mostró menos opuesto al espíritu de mi *Nota* que Mr. Canning.

Este último, con el cual yo había tenido correspondencias muy íntimas, era mas orador que gran político; mas hombre de talento que hombre de Estado. Tenía por lo general cierta envidia de los triunfos, y sobre todo de los de Francia. Cuando la oposición parlamentaria hería ó exaltaba su amor propio, se precipitaba en mal camino y se deleitaba en los sarcasmos é invectivas. Por eso, después de la guerra de España, desechó la demanda de intervención que yo había conseguido con tanto trabajo del gabinete de Madrid para el arreglo de los asuntos de ultramar: la razón secreta de este paso fue que él no había hecho esa demanda, y no quería que la Inglaterra, representada en un congreso general, no estuviese ligada por los actos de este congreso, y permaneciese siempre en disposición de obrar por sí. Por eso también hizo Mr. Canning pasar las tropas á Portugal, no para defender una Carta de la cual era el primero á burlarse, sino porque la oposición le echaba en rostro la presencia de nuestros soldados en España, y quería poder decir al parlamento que el ejército inglés ocupaba á Lisboa como el ejército francés ocupaba á Cádiz. En una palabra, por esto es por lo que ha firmado el tratado de 6 de julio contra su opinión particular, contra la opinión de su propio país, contraria á la causa de los griegos. Si ha accedido á este

tratado ha sido únicamente porque ha tenido zelos de vernos tomar con la Rusia la iniciativa de la cuestión y recoger solos la gloria de una revolución generosa. Este ministro, que á pesar de todo dejará un gran renombre, ha creído de esta manera comprimir los movimientos de la Rusia por este tratado mismo: sin embargo, es evidente que el texto del acta no encadena en lo mas mínimo al emperador Nicolás, ni le obliga de modo alguno á renunciar á una guerra particular con la Turquía.

El tratado de 6 de julio es un documento informe, redactado apresuradamente, donde nada está previsto, y que contiene disposiciones contradictorias.

En mi *nota sobre la Grecia* yo suponía la adhesión de las cinco grandes potencias; el Austria y la Rusia estaban aliadas entre sí, y su neutralidad las dejaba libres para declararse en pro ó en contra de una de las partes beligerantes en vista de los acontecimientos.

No se trata de volver sobre lo pasado; es preciso tomar las cosas tal como son. Lo mas á que están obligados los gobiernos es á sacar el mejor partido posible de los hechos una vez consumados. Examinemos, pues, estos hechos.

Nosotros ocupamos la Morea: las plazas de esta península han caído en nuestras manos. Esto por lo que á nosotros toca.

Varna fue tomado, y quedó convertido en un puesto avanzado, situado á setenta varas de distancia de Constantinopla. Bloquéase á los Dardanelos; los rusos se apoderan durante el invierno de Silistria y de algunas otras fortalezas; no tardarán en hacerse numerosas levas. Los primeros días de la primavera todo se conmoverá para una campaña decisiva; en Asia el general Paskewitz ha invadido tres bajalatos; domina el nacimiento del Eufrates y amenaza el camino de Erzeroun. Esto por lo que toca á la Rusia.

¿Hubiera hecho mejor el emperador Nicolás en emprender una campaña de invierno en Europa? Creo que sí, si tenía posibilidad para ello. Marchando sobre Constantinopla habría cortado el nudo gordiano, poniendo fin á todas las intrigas diplomáticas. Todos se ponen de parte del que triunfa: el medio de tener aliados es vencer.

En cuanto á la Turquía, tengo para mí que nos habría declarado la guerra si los rusos hubieran sucumbido delante de Varna. ¿Tendrá hoy la sensatez de entablar negociaciones en Inglaterra y Francia para desembarazarse al menos de una y otra? El Austria le aconsejaría de buena gana este partido; pero es muy difícil prever la conducta de una raza de hombres que no tienen las ideas europeas. Astutos como esclavos, y orgullosos á la vez como tiranos, nunca templan su cólera sino por el miedo. El sultan Mahamud II, bajo ciertos conceptos, parece un príncipe superior á los últimos sultanes. Tiene el valor político; pero ¿tendrá también el personal? Conténtase con pasar revistas en los barrios de su capital, y hace que los grandes le supliquen que no vaya ni aun á Andrinópolis. El populacho de Constantinopla estaría mejor contenido por los triunfos que por la presencia de su amo.

Admitamos, no obstante, que el diván consienta en abrir negociaciones sobre las bases del tratado de 6 de julio. La negociación será muy espinosa, pues aun cuando no hubiese que arreglar mas que los límites de la Grecia, sería cuestión interminable. ¿En donde se fijaran esos límites sobre el continente? ¿Cuántas islas seran devueltas á la libertad? Simson, que con tanto valor ha defendido su independencia, ¿quedará abandonada? Vamos mas lejos, y supongamos establecidas las conferencias. ¿Paralizarán estas á los ejércitos del emperador Nicolás? Mientras que los plenipotenciarios de los turcos y de las tres po-

tencias aliadas están negociando en el Archipiélago, cada paso de las tropas invasoras en la Bulgaria cambiará el estado de la cuestión. Si los rusos fuesen rechazados, los turcos romperían las conferencias: si los rusos llegaran á las puertas de Constantinopla, ¿se trataría entonces de la independencia de la Morea? Los helenos no tendrían necesidad de protectores ni de negociadores.

Así, pues, impulsar al diván á ocuparse del tratado de 6 de julio es aplazar la dificultad, no resolverla. La coincidencia de la emancipación de la Grecia y de firmarse la paz entre los turcos y los rusos, es á mi juicio, necesaria para hacer salir á los gabinetes de Europa del apuro en que se hallan.

¿Qué condiciones pondrá á la paz el emperador Nicolás?

En su manifiesto declara que renuncia á conquistas; pero habla de indemnizaciones por los gastos de guerra: esto es vago, y puede llevar muy lejos.

El gabinete de San Petersburgo, pretendiendo regularizar los tratados de Akerman y de Jassy, ¿pedirá acaso: primero, la independencia completa de los dos principados; segundo, la libertad de comercio en el Mar Negro, tanto para la nación rusa como para las demás naciones; tercero, el reintegro de las sumas gastadas en la última campaña?

Innumerables dificultades se presentan para la conclusión de una paz sobre estas bases.

Si la Rusia quiere dar á los principados soberanos de su elección, el Austria mirará la Moldavia y la Valaquia como dos provincias rusas, y se opondrá á esa transacción política.

¿La Moldavia y la Valaquia pasaran al dominio de un príncipe independiente de toda gran potencia, ó de un príncipe instalado bajo el protectorado de muchos soberanos?

En este caso preferiría Nicolás hospodares nombrados por Mahamud, porque no dejando los principados de ser turcos, quedarían vulnerables á las armas de la Rusia.

La libertad de comercio del mar Negro, la entrada en este mar á todas las escuadras de Europa y América, conmoverían el poder de la Puerta en sus cimientos. Conceder el paso de buques de guerra bajo Constantinopla, es, con relación á la geografía del imperio otomano, como si se reconociese á ejércitos extranjeros el derecho de cruzar en todo tiempo la Francia á lo largo de las murallas de París.

Por último, ¿dónde tomaría la Turquía dinero para pagar los gastos de la campaña? El supuesto tesoro de los sultanes es una antigua fábula. Las provincias conquistadas del otro lado del Cáucaso podrían ser, á la verdad, cedidas como hipoteca de la suma pedida: de los dos ejércitos rusos, el uno en Europa, me parece encargado de los intereses del honor de Nicolás; el otro, en Asia, de sus intereses pecuniarios... Pero si Nicolás no se creyese ligado por las declaraciones de su manifiesto, ¿vería la Inglaterra con ojos indiferentes avanzar el ejército moscovita por el camino de la India? ¿No se alarmó ya en 1827, cuando dió un paso mas en el imperio persa?

Si la doble dificultad que nace de la ejecución del tratado y de la pertinencia de las condiciones de una paz entre la Turquía y la Rusia; si esta doble dificultad hiciese inútiles los esfuerzos intentados para vencer tantos obstáculos; si en la primavera se abriese una segunda campaña, ¿volverían las potencias de Europa á tomar parte en la cuestión? ¿Cuál sería el papel que le correspondiese á la Francia? Eso es lo que voy á examinar en la segunda parte de esta *Nota*.

El Austria y la Inglaterra tienen intereses comunes, y son naturalmente aliadas en cuanto á su política exterior, cualesquiera que sean por otra parte las diferentes formas de sus gobiernos y las máximas opuestas de su política interior. Ambas á dos son enemigas y recelan de la Rusia; ambas á dos desean contener los progresos de esta potencia: quizá lleguen á unirse en un caso extremo; pero conocen que si la Rusia no se deja intimidar, puede hacer frente á esa union mas formidable en apariencia que en realidad.

El Austria nada tiene que pedir á Inglaterra, y esta á su vez no sirve al Austria sino para suministrarle dinero. Ahora bien, la Inglaterra, abrumada bajo el peso de su deuda, no tiene ya dinero que prestar á nadie. Abandonada el Austria á sus propios recursos; no podría en el estado actual de su hacienda poner en movimiento ejércitos numerosos, sobre todo viéndose obligada á vigilar la Italia y á tenerse en guardia en las fronteras de la Polonia y de la Prusia. La posición actual de las tropas rusas las permitiría entrar mas pronto en Viena que en Constantinopla.

¿Qué pueden los ingleses contra la Rusia? ¿Cerrar el Báltico; no comprar mas cañamo ni maderas en los mercados del Norte; destruir la escuadra del almirante Heyden en el Mediterráneo; poner algunos ingenieros y algunos soldados en Constantinopla; llevar á esta capital provisiones de boca y municiones de guerra; penetrar en el mar Negro; bloquear los puertos de la Crimea; privar á las tropas en campaña del auxilio de sus escuadras mercantes y militares?

Supongamos todo eso verificado, y eso que no puede hacerse sin gastos considerables, que no tendrían indemnización ni garantías; siempre quedaria á Nicolás su inmenso ejército de tierra. Un ataque de Austria y de Inglaterra contra la Cruz en favor de la media luna aumentaria en Rusia la popularidad de una guerra, ya nacional y religiosa. Guerras de esta naturaleza se hacen sin dinero, y son las que precipitan por la fuerza de la opinión las naciones unas contra otras. Si los papas principian á evangelizar en San Petersburgo como los ulemas en Constantinopla, lo que les sobrara seran soldados, y tendran mas probabilidades de éxito que sus adversarios en ese llamamiento á las pasiones y á las creencias de los hombres. Las invasiones que bajan del Norte al Mediodía son mucho mas rápidas é irresistibles que las que avanzan del Mediodía al Norte: la pendiente de las poblaciones las inclina á correrse hácia los climas benignos.

¿Permanecería la Prusia expectadora indiferente de esa gran lucha, si el Austria y la Inglaterra se declarasen en favor de la Turquía? No hay razon para creerlo.

Indudablemente existe en el gabinete de Berlin un partido que odia y teme al gabinete de San Petersburgo; pero ese partido, que por otra parte empieza á envejecer, tropieza con el obstáculo del partido anti-austriaco, y especialmente con el de las afeciones domésticas.

Los vínculos de familia, débiles por lo regular entre los soberanos, son muy fuertes en la familia de Prusia: el rey Federico Guillermo ama con ternura á su hija, la actual emperatriz de Rusia, y se complace en pensar que su nieto llegará á asentarse sobre el trono de Pedro el Grande: los príncipes Federico Guillermo, Carlos y Enrique Alberto, quieren mucho también á su hermana Alejandra: el príncipe real hereditario no ponía dificultad en declarar últimamente en Roma que era *turcofago*.

Descomponiendo así los intereses, se ve que la Francia se halla en una admirable posición política, y puede llegar á ser árbitra de aquel gran debate.

Puede, á voluntad, conservar la neutralidad ó declararse á favor de un partido, según el tiempo y las circunstancias. Si llegase alguna vez á verse en ese caso extremo; si sus consejos no fuesen escuchados; si la nobleza y moderación de su conducta no le proporcionasen la paz que desea para sí y para los demás; en la necesidad en que se hallaria de tomar las armas, todos sus intereses la inclinarían del lado de la Rusia.

Formada una alianza entre Austria é Inglaterra contra la Rusia, ¿qué fruto sacaria la Francia de su adhesión á aquella alianza?

¿Prestaria Inglaterra buques á la Francia?

La Francia es todavía, despues de Inglaterra, la primera potencia marítima de Europa, y tiene mas buques de los que necesitaria para destruir, si fuese preciso, las fuerzas navales de la Rusia.

¿Nos suministraría subsidios la Inglaterra?

Inglaterra no tiene dinero: Francia tiene mas que ella, y los franceses no necesitan estar á sueldo del parlamento británico.

¿Nos auxiliaria Inglaterra con soldados y armas?

Armas no faltan en Francia, y mucho menos soldados.

¿Nos aseguraria Inglaterra un aumento de territorio insular y continental?

¿Dónde tomaríamos ese aumento si hacemos un provecho del gran turco la guerra á la Rusia? ¿Intentaríamos desembarcos en las costas del mar Báltico, del mar Negro y del estrecho de Behring? ¿Tendríamos otras esperanzas? ¿Pensaríamos en tener propicia á la Inglaterra para que acudiese en nuestro auxilio, si nuestros asuntos interiores llegaran á turbarse?

Dios nos libre de semejante prevision y de una intervencion extranjera en nuestros asuntos domésticos. Por otra parte, la Inglaterra ha dado siempre buena cuenta de los reyes y de la libertad de los pueblos, y siempre está pronta á sacrificar monarquía ó república á sus intereses particulares. No hace mucho todavía que proclamaba la independencia de los colonias españolas, al mismo tiempo que se negaba á reconocer la de la Grecia; enviaba sus escuadras para apoyar á los insurgentes de Méjico, y hacia detener en el Támesis algunos miserables barcos de vapor destinados á los helenos; admitía la legitimidad de los derechos de Mahamud, y negaba la de los derechos de Fernando, entregada sucesivamente al despotismo ó á la democracia, según el viento que traía á sus puertos los buques de los comerciantes de Londres.

En una palabra, asociándonos á los proyectos generosos de Inglaterra y de Austria contra la Rusia, ¿á dónde iríamos á buscar á nuestro antiguo adversario de Austerlitz? No lo tenemos en las fronteras. ¿Y haríamos marchar á nuestra costa cien mil hombres bien equipados para sostener á Viena ó á Constantinopla? ¿Tendríamos un ejército en Atenas para proteger á los griegos contra los turcos, y otro en Andrinópolis para proteger á los turcos contra los rusos? ¿Ametrallariamos á los osmanlis en Morea, abrazándolos al mismo tiempo en los Dardanelos? Lo que carece de sentido comun en los asuntos humanos nunca sale bien.

Admitamos, no obstante, á despecho de toda verosimilitud, que nuestros esfuerzos fuesen coronados de buen éxito en esa triple alianza contra naturaleza; supongamos que la Prusia permaneciese neutral durante esa contienda, igualmente que los Países-Bajos, y que, en libertad de llevar fuera nuestras fuerzas, no nos viésemos obligados á batirnos á sesenta leguas de París. ¿Y bien! ¿Qué provecho sacariamos de nuestra cruzada para librar el sepulcro de Mahoma? Campeones de los turcos, volveríamos de Levante con una pellica de honor; tendríamos la gloria de haber sacrificado mil millones y doscientos mil hombres para

calmar los terrores de Austria, satisfacer los recelos de Inglaterra y conservar en la parte mas hermosa del mundo la peste y la barbarie unidas al imperio Otomano. El Austria habria aumentado quizás sus estados por el lado de la Valaquia y de la Moldavia, y la Inglaterra obtenido tal vez de la Puerta algunos privilegios comerciales, privilegios de escaso interés para nosotros, dado caso que participásemos de ellos, puesto que ni tenemos el mismo número de barcos mercantes que los ingleses, ni los mismos artefactos que difundir en Levante. Quedaríamos completamente burlados en esa triple alianza, que podría no salir bien con su propósito, y que si lo conseguía, habria sido á nuestra costa.

Pero si la Inglaterra no tiene medio ninguno directo de sernos útil, ¿no podría influir en el gabinete de Viena, induciendo al Austria á dejarnos recobrar en compensacion de los sacrificios que hubiésemos hecho por ella los antiguos departamentos situados en la orilla izquierda del Rhin?

No: Austria é Inglaterra se opondrán siempre á semejante concesion: solo la Rusia puede hacérsola, como luego veremos. El Austria no detesta, y se asusta de nosotros, mas todavía de lo que aborrece y teme á la Rusia: mal por mal, preferiria que esta se extendiese por el lado de la Bulgaria, á que la Francia ensanchase sus límites por la parte de Baviera.

¿Pero la independencia de Europa se veria amenazada si los czares hiciesen de Constantinopla la capital de su imperio?

Es preciso explicar lo que se entiende por independencia de Europa: ¿quiere decirse que, roto todo el equilibrio, la Rusia, despues de haber conquistado la Turquía europea, se apoderaria del Austria, someteria la Alemania y la Prusia, y concluiria por subyugar la Francia?

En primer lugar, todo imperio que se extiende demasiado pierde su fuerza, casi siempre se divide, y muy pronto se verian dos ó tres Rusias enemigas unas de otras.

En segundo lugar; ¿existe para Francia el equilibrio de Europa desde los últimos tratados?

La Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que ha hecho en las colonias de tres partes del mundo durante la guerra de la revolucion; en Europa ha adquirido á Malta y las islas Jónicas; hasta su electorado de Hannover lo ha erigido en reino, aumentándolo con algunos señorios.

El Austria ha ensanchado sus posesiones con una tercera parte de la Polonia y raeduras de la Baviera, y con parte de la Dalmacia y de la Italia. Verdad es que no tiene ya los Países Bajos; pero esta provincia no ha sido devuelta á la Francia, y se ha convertido en una auxiliar temible contra nosotros de Inglaterra y Prusia.

La Prusia se ha aumentado con el ducado ó palatinado de Posen con un fragmento de la Sajonia y con los principales círculos del Rhin; su puesto avanzado está en nuestro propio territorio, á diez jornadas de marcha de nuestra capital.

La Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha establecido en las orillas del Vístula.

Y nosotros, ¿qué hemos ganado en todos esos repartos? Haber sido despojados de nuestras colonias, sin que nuestro antiguo suelo haya sido respetado siquiera; Landau separado de la Francia y arrastrado Huninga, dejan una brecha de mas de cincuenta leguas en nuestras fronteras; el pequeño Estado de Cerdeña no se ha avergonzado de revestirse con algunos girones robados al imperio de Napoleon y al reino de Luis el Grande.

En esta posición, ¿qué interés tenemos en tranquilizar al Austria y á la Inglaterra contra las victorias de la Rusia? Aun cuando esta se extendiese hácia Oriente y alarmase al gabinete de Viena, ¿estaríamos

por eso en peligro? ¿Tanto miramiento han tenido con nosotros para que seamos tan sensibles á las alarmas de nuestros enemigos? Inglaterra y Austria han sido y serán siempre las adversarias naturales de la Francia: mañana las veríamos aliarse de buen grado á la Rusia si se tratara de combatirnos y despojarnos.

No olvidemos que mientras que tomábamos las armas por la pretendida salvacion de Europa, puesta en peligro por la supuesta ambicion de Nicolás, sucederia probablemente que el Austria, menos caballeresca y mas voraz, escucharia las proposiciones del gabinete de San Petersburgo; le cuesta poco un cambio brusco en política. Con asentimiento de la Rusia se apoderaria de la Bosnia y de la Servia, dejándonos la satisfaccion de enervarnos por Mahamud.

La Francia está ya en una semi-hostilidad con los turcos, pues ella sola ha gastado ya muchos millones y expuesto veinte mil soldados en la causa de la Grecia; la Inglaterra solo perderia unas cuantas palabras haciendo traicion al tratado de 6 de julio; la Francia perderia en ello honor, hombres y dinero; nuestra expedicion no seria mas que una verdadera plasta política.

Pero si no nos unimos al Austria y á la Inglaterra, ¿irá el emperador Nicolás á Constantinopla? ¿Se romperá el equilibrio europeo?

Dejemos, y lo repetimos otra vez, esos temores fingidos ó verdaderos á la Inglaterra y al Austria. Que la primera tema ver á la Rusia apoderarse del comercio de Levante y convertirse en potencia marítima, es cosa que nos importa muy poco. ¿Tan necesario es que la Gran-Bretaña quede en posesion de la monarquía de los mares, que vayamos á derramar sangre francesa para conservar el cetro del Océano á los destructores de nuestras colonias, de nuestras escuadras y de nuestro comercio? ¿Es conveniente que la raza legítima ponga ejércitos en movimiento á fin de proteger la casa que se une á la ilegitimidad, y que reserva quizá para épocas de discordia los medios que cree tener para turbar la Francia? ¿Bello equilibrio es para nosotros el de la Europa, cuando todas las potencias, como he demostrado ya, han aumentado sus masas y disminuido de comun acuerdo la preponderancia de la Francia! Que vuelvan, como nosotros, á sus antiguos límites, y luego volaremos al socorro de su independencia, caso de que se vea amenazada. Ellas no hicieron el menor escrúpulo en asociarse á la Rusia para desmembrarnos é incorporarse el fruto de nuestras victorias; ¿pues sufran ahora que estrechemos los lazos formados entre nosotros y esa misma Rusia para recobrar los límites convenientes y restablecer la verdadera balanza de Europa!

A mas de eso, si el emperador Nicolás quisiese y pudiese ir á firmar la paz á Constantinopla, ¿seria consecuencia rigurosa de ese hecho la destruccion del imperio otomano? Háse firmado la paz con las armas en la mano en Viena, Berlin y París: casi todas las capitales de Europa han sido tomadas en estos últimos tiempos; y por eso, ¿han perecido Austria, Baviera, Prusia, Francia y España? Por dos veces han venido los cosacos y los panduros á acampar en el patio del Louvre; el reino de Enrique IV ha estado ocupado militarmente por espacio de tres años, y ¿habríamos de conmovernos de ver á los cosacos en el serrallo, y de tener en honor de Berbería una susceptibilidad que no tuvimos en honor de la civilizacion y por nuestra patria? Humílese el orgullo de la Puerta, y quizá se le obligará entonces á reconocer algunos de esos derechos de la humanidad que está ultrajando.

Ya puede conocerse á lo que voy á parar, y la consecuencia que me preparo á sacar de todo lo que precede. La consecuencia es esta:

Si las potencias beligerantes no pueden llegar á arreglarse durante el invierno; si el resto de la Europa cree deber mezclarse en la contienda en la primavera; si se proponen diferentes alianzas, y la Francia se ve absolutamente obligada á elegir entre ellas; si los acontecimientos la obligan á salir de su neutralidad, todos sus intereses deben decidirla á unirse preferentemente á la Rusia, combinacion tanto mas segura, cuanto que seria fácil hacer entrar en ella á la Prusia, ofreciéndole ciertas ventajas.

Hay simpatía entre la Rusia y la Francia: la última ha civilizado casi á la primera en la clase elevada de la sociedad, y le ha dado su lengua y sus costumbres. Colocadas la Francia y la Rusia en los dos extremos de Europa, no se tocan por sus fronteras, ni tienen campo de batalla donde poder encontrarse, ni tienen tampoco rivalidad ninguna de comercio y los enemigos naturales de la Rusia (los ingleses y los austriacos) son tambien los enemigos naturales de la Francia. Permanezca en tiempo de paz el gabinete de las Tuillerías aliado del de San Petersburgo,



CARLOS X.

lonia. Tales son nuestras justas pretensiones. La Rusia tiene un interés (vuestro hermano Alejandro lo ha dicho) en que la Francia sea fuerte. Si consentís en ese arreglo, y las demás potencias se niegan á él, no sufriremos que intervengan en vuestra contienda con la Turquía. Si os atacan á pesar de nuestras observaciones, las combatiremos con vos, bajo las mismas condiciones siempre que acabamos de expresar.»

Eso es lo que puede decirse á Nicolás. Jamás el Austria ni la Inglaterra nos daran los límites del Rhin por precio de nuestra alianza con ellas, pues allí es donde tarde ó temprano debe colocar la Francia sus fronteras, tanto por honor suyo como por su seguridad.

Una guerra con Austria y con Inglaterra tiene grandes esperanzas de éxito y pocas probabilidades de derrota. Hay en primer lugar, medios de paralizar

y nadie podrá moverse en Europa. En tiempo de guerra, la unión de los dos gabinetes dictará leyes al mundo.

Tengo demostrado que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria es una alianza falaz, en la que no hallaríamos mas que la pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza de la Rusia, por el contrario, nos pondria en el caso de obtener establecimientos en el Archipiélago, y llevar nuestras fronteras hasta las orillas del Rhin. Podemos dirigir este lenguaje á Nicolás:

«Vuestros enemigos nos solicitan: preferimos la paz á la guerra, y deseamos conservar la neutralidad. Pero si no podeis orillar vuestras diferencias con la Puerta sino por medio de las armas: si quereis ir á Constantinopla, entrad con las potencias cristianas en un reparto equitativo de la Turquía europea. Aquellas potencias, cuya posicion no las permita ensancharse por el lado de Oriente, recibirán indemnizacion en otra parte. Nosotros queremos tener la linea del Rhin, desde Strasburgo hasta Co-

á la Prusia y aun determinarla á unirse á nosotros y á la Rusia. Llegado este caso, los Países-Bajos no pueden declararse enemigos. En la disposicion actual de los ánimos, cuarenta mil franceses que defendiesen los Alpes sublevarían toda la Italia.

En cuanto á las hostilidades con Inglaterra si alguna vez llegasen á principar, seria preciso, ó desembarcar veinte y cinco mil hombres mas en Morea, ó llamar de allí prontamente nuestras tropas y nuestra escuadra. Renunciad á las escuadras; dispersad vuestros buques uno á uno por todos los mares; mandad echar á pique todas las presas, despues de retirar las tripulaciones; multiplicad las patentes de manera en los puertos de las cuatro partes del mundo, y pronto la Gran-Bretaña, obligada por las quiebras y los clamores de su comercio, solicitará el restablecimiento de la paz. ¿No la hemos visto capitular en 1814 delante de la marina de los Estados

Unidos, que solo se compone hoy de nueve fragatas y once buques?

Bajo el doble concepto de los intereses generales de la sociedad y de nuestros intereses particulares, la guerra de la Rusia con la Puerta no debe causar-nos el menor recelo. En principio de alta civilizacion, la especie humana no puede sino ganar en la destruccion del imperio otomano: mil veces vale mas para los pueblos la dominacion de la cruz en Constantinopla que la de la media luna. Todos los elementos de la moral y de la sociedad política estan en el fondo del cristianismo; y, por el contrario, todos los gérmenes de la destruccion social están en la religion de Mahoma. Dicese que el sultan actual

ha dado pasos hácia la civilizacion. ¿Será porque haya intentado, con ayuda de algunos renegados franceses y algunos oficiales ingleses y austriacos, sujetar sus hordas fanáticas á ejercicios regulares? ¿Y desde cuándo es civilizacion el aprendizaje mecánico del manejo de armas? Una falta enorme, y hasta casi un crimen, es haber iniciado á los turcos en la ciencia de nuestra táctica: es preciso bautizar á los soldados á quienes se discipline, á menos que se quiera formar de intento destructores de la sociedad.

La imprevisión es grande: el Austria, que se envanece con la organizacion de los ejércitos otomanos, seria la primera en sufrir el castigo de su alegría: si los turcos derrotasen á los rusos, con mayor ra-



NICOLÁS I, EMPERADOR DE RUSIA.

zon serian capaces de medirse con sus vecinos los imperiales: Viena entonces no escaparía al gran Visir. El resto de Europa, que cree no tener nada que temer de la Puerta, ¿estaria mas seguro? Hombres apasionados y miopes quierera que la Turquía sea una potencia militar regular, y entre en el derecho comun de paz y de guerra de las naciones, todo ello para mantener no sé qué balanza, de que la falta de sentido comun dispensa á esos hombres de formar idea: ¿cuáles serian las consecuencias de la realizacion de esos planes? Cuando con un pretexto cualquiera le acomodase al sultan atacar á un gobierno cristiano, una escuadra bien dirigida, aumentada con la escuadra del bajá de Egipto y del continente marítimo de

las potencias berberiscas, declararía las costas de España ó de Italia en estado de bloqueo, y desembarcaría cincuenta mil hombres en Cartagena ó en Nápoles. No quereis enarbolar la cruz en Santa Sofía; pues continuad disciplinando hordas de turcos, albaneses, negros y árabes, y antes de veinte años quizá brillará la media luna en la cúpula de San Pedro. ¿Llamareis entonces á la Europa á una cruzada contra infieles armados de la peste, de la esclavitud y del Koran? Será demasiado tarde.

Los intereses generales de la sociedad ganarian, pues con el triunfo de las armas del emperador Nicolás.

En cuanto á los intereses particulares de la Fran-

cia, he probado ya suficientemente que existían en una alianza con la Rusia, y que podían ser favorecidos singularmente con la guerra misma que esta potencia sostiene hoy en Oriente.

RESÚMEN, CONCLUSIÓN Y REFLEXIONES SOBRE LA MEMORIA.

Voy á reasumirme:

1.º La Turquía consiente en negociar sobre las bases del tratado de 6 de julio, sin haberse resuelto nada definitivamente, y no habiéndose celebrado la paz entre la Turquía y la Rusia; las vicisitudes de la guerra en los desfiladeros del Balkan cambiarán á cada momento las instrucciones y la posición de los plenipotenciarios ocupados de la emancipación de la Grecia.

2.º Las condiciones probables de la paz entre el emperador Nicolás y el sultan Mahamud están sujetas á las mayores objeciones.

3.º La Rusia puede despreciar la unión de la Inglaterra y del Austria, unión mas formidable en la apariencia que en la realidad.

4.º Es probable que la Prusia se reunirá mas bien al emperador Nicolás, yerno de Federico Guillermo III, que á los enemigos del emperador.

5.º La Francia podrá perderlo todo, y no ganará nada aliándose con la Inglaterra y el Austria contra la Rusia.

6.º La independencia de la Europa no se verá amenazada en adelante por la conquista de los rusos en Oriente. Es una cosa verdaderamente absurda que, sin tener en cuenta ninguna clase de obstáculos, se haga acudir á los rusos del Bósforo para imponer su yugo á la Alemania y á la Francia: todo imperio se debilita extendiéndose. En cuanto al equilibrio de fuerzas, hace tiempo que se rompió por la Francia; ella ha perdido sus colonias, ella se encuentra encerrada en sus antiguos límites, mientras que la Inglaterra, la Prusia, la Rusia y el Austria se han engrandecido prodigiosamente.

7.º Si la Francia se veía obligada á salir de su neutralidad y á tomar las armas por un partido ó por otro, los intereses generales de la civilización, como los intereses particulares de nuestra patria, nos aconsejan entrar con preferencia en la alianza rusa. Por medio de ella podremos obtener el curso de Rhin por fronteras y colonias en el Archipiélago, ventajas que no nos concederán jamás los gabinetes de San James y de Viena.

Tal es el resumen de esta *Nota*. Solo he podido raciocinar hipotéticamente: ignoro lo que Inglaterra, Austria y Rusia proponen ó han propuesto en los momentos en que escribo: tal vez haya un informe, un despacho, que reduzcan á generalidades inútiles las verdades aquí expuestas: este es el inconveniente de las distancias y de la política conjetural. Queda probado sin embargo, que la posición de la Francia es fuerte; que el gobierno se halla en el caso de sacar el partido mayor de los sucesos, si medita bien lo que quiere, si no se deja intimidar por nadie, si á la firmeza del lenguaje reúne el vigor de la acción. Tenemos un rey venerado, un heredero del trono que aumentaría sobre las orillas del Rhin, con trescientos mil hombres, la gloria que ha recogido en España: nuestra expedición de Morea nos hace representar un papel lleno de honor; nuestras instituciones políticas son excelentes, nuestra hacienda se halla en un estado de prosperidad sin ejemplo en Europa: con esto se puede marchar con la cabeza erguida. ¡Qué país aquel que posee el genio, el valor, los brazos y el dinero!

Por otra parte, yo no pretendo haber dicho todo, haberlo previsto todo: no tengo la presunción de dar mi sistema como el mejor: sé que hay en los asuntos humanos algo de misterioso é incomprensible. Si

es cierto que puedan anunciarse los resultados últimos y generales de una revolución, también lo es que se engaña uno en los pormenores; que los acontecimientos particulares se modifican frecuentemente de un modo inesperado, y que al ver el objeto se llega á él por caminos cuya existencia no se sospechaba siquiera. Es cierto, por ejemplo, que los turcos serán arrojados de Europa; pero, ¿cuándo y cómo? ¿La guerra actual librará al mundo civilizado de ese azote? ¿Los obstáculos que he presentado para la paz, son insuperables? Si, si se atiende uno á los raciocinios análogos: no, si se hacen entrar en cálculo circunstancias extrañas á las que han ocasionado el tomar las armas.

Casi nada se asemeja hoy á lo que ha sido: excepto la religión y de la moral, la mayor parte de las verdades han cambiado, si no en su esencia, al menos en sus relaciones con las cosas y los hombres. D'Osset es aun considerado como negociador hábil; Grocio como publicista de genio; Puffendorf como hombre sensato; pero no podrían aplicarse á nuestra época las reglas de su diplomacia, ni se podría volver por el derecho político de Europa al tratado de Westfalia. Los pueblos dirigidos antes por los gobiernos solamente se ocupan en la actualidad de sus asuntos. Esos pueblos no consideran ya las cosas como las consideraban en otro tiempo; no se sienten ya afectados por los mismos sucesos, no ven ya los objetos bajo el mismo punto de vista: la razón en ellos hace progresos á espensas de la imaginación: lo positivo triunfa de la exaltación y de las determinaciones apasionadas: en todas partes reina cierta razón. En la mayor parte de los tronos y en la mayoría de los gabinetes de Europa hay sentados hombres cansados de revoluciones, hartos de guerra y antipáticos á todo espíritu aventurero: estos son otros tantos motivos de esperanza para un arreglo pacífico. También pueden existir en las naciones complicaciones interiores que las dispongan á medidas conciliadoras.

La muerte de la emperatriz viuda de Rusia puede hacer germinar semillas de revueltas que no estaban enteramente sofocadas. Esta princesa se ocupaba poco de la política exterior; pero era un lazo entre sus hijos, y se la ha creído con gran influjo en las transacciones que dieron la corona al emperador Nicolás. No obstante, hay que confesar que si Nicolás volviese á temer, esto sería un motivo mas para él de llevar á sus soldados fuera del suelo natal, y buscar su seguridad en la victoria.

La Inglaterra, independientemente de su deuda, que entorpece sus movimientos, se halla molestada con los asuntos de Irlanda: ora se apruebe ó no en el parlamento la emancipación de los católicos, esto será un suceso inmenso. La salud del rey Jorge está delicada, y la de su inmediato sucesor no es mas fuerte: si el accidente previsto sucediese pronto, habría convocación de un nuevo parlamento; quizá cambio de ministerio, y los hombres de capacidad son hoy raros en Inglaterra: es muy posible que sobreviviere una larga regencia. En esta posición precaria y crítica es probable que la Inglaterra desee sinceramente la paz, y tema precipitarse en las eventualidades de una gran guerra, en la que se vería sorprendida por catástrofes interiores.

En fin: nosotros mismos, á pesar de nuestras prosperidades reales é indisputables; á pesar de que podemos presentarnos con brillantez en un campo de batalla, si nos vemos impulsados á ello, ¿estamos enteramente dispuestos á acudir á él? ¿Están preparadas nuestras plazas fuertes? ¿Tenemos el material necesario para un ejército numeroso? ¿Se halla este ejército completado aun bajo el pie de paz? Si nos viésemos bruscamente despertados por una declaración de guerra de Inglaterra, Prusia y los Países-Bajos, ¿podríamos oponernos eficazmente á una ter-

cera invasión? Las guerras de Napoleon han divulgado un secreto fatal, y es que se puede llegar en algunas jornadas de marcha á París, después de una victoria; que París no se defiende, y que ese mismo París está demasiado cerca de la frontera. La capital de Francia no se hallará á cubierto sino cuando poseamos la orilla izquierda del Rhin. Podemos, pues, necesitar cierto tiempo para prepararnos.

Añádase á esto que los vicios y las virtudes de los príncipes, su fuerza y su debilidad moral, su carácter, sus pasiones, y hasta sus hábitos, son causas de actos y hechos que se niegan á todo cálculo y no entran en ninguna fórmula política: la influencia mas miserable determina á veces el mayor suceso en un sentido contrario á la verosimilitud de las cosas: un esclavo puede hacer firmar en Constantinopla una paz que toda Europa coaligada no conseguiría ni aun pidiéndola de rodillas.

Si algunas de esas razones que salen fuera de la prevision humana ocasionasen durante este invierno demandas de negociaciones, ¿habría que rechazarlas porque no estuviesen en consecuencia con los principios de esta *Nota*? No por cierto: ganar tiempo es un gran arte, cuando no se halla uno preparado. Puede saberse lo que hay de mejor y contentarse con lo menos malo: las verdades políticas, especialmente, son relativas: lo absoluto, en asuntos de Estado, tiene graves inconvenientes. Sería una fortuna para la especie humana que los turcos fuesen arrojados al Bósforo; pero nosotros no estamos encargados de la expedición, y tal vez no haya sonado aun la hora del mahometismo: el odio mismo debe ser ilustrado para no cometer torpezas. Nada pues, debe impedir á la Francia entrar en negociaciones, teniendo cuidado de acercarla lo mas posible al espíritu en que se halla redactada esta *Nota*. A los hombres que dirigen el timón de los imperios es á quienes toca gobernarlos, según los vientos, evitando los escollos.

Seguramente si el poderoso soberano del Norte consintiese en reducir las condiciones de la paz á la ejecución del tratado de Akerman y á la emancipación de la Grecia, sería posible hacer entrar en razón á la Puerta; pero, ¿qué probabilidades hay de que la Rusia se limite á condiciones que hubiera podido obtener sin disparar un solo cañonazo? ¿Cómo ha de abandonar sus pretensiones, expresadas de una manera tan pública? Un solo medio, caso de haberlo, pudiera presentarse: proponer un congreso general, en el que el emperador Nicolás cediera ó aparentara ceder á los deseos de la Europa cristiana. Un medio de éxito con los hombres, es dejar á salvo su amor propio, proporcionarles una razón para que puedan apartarse de su palabra, y salir de un mal paso con honor.

El mayor obstáculo para el proyecto de un congreso nacería del triunfo inesperado de las armas otomanas durante el invierno. Que por el rigor de la estación, por falta de víveres, por insuficiencia de tropas ó por cualquiera otra causa se vean los rusos obligados á levantar el sitio de Silistria; que Varna (lo cual no es siquiera probable) vuelva á poder de los turcos, y el emperador Nicolás se hallaría en una posición que no le permitiría ya dar oídos á ninguna proposición, so pena de descender á ser el último de los monarcas; entonces continuaria la guerra y volveríamos á entrar en las eventualidades deducidas en esta *Nota*. Con perder la Rusia su punto como potencia militar y reemplazarle en él la Turquía, no haría la Europa mas que cambiar de peligro. Ahora bien; el peligro que nos amenazaría con la cimitarra de Mahamud sería de una especie mucho mas temible que el que podríamos temer de la espada de Nicolás. Si la suerte llega á colocar un príncipe notable

sobre el trono de los sultanes, no puede vivir bastante tiempo para cambiar las leyes y las costumbres, aunque tuviese intención de hacerlo. Mahamud morirá; ¿y á quién dejará el imperio, con sus soldados fanáticos disciplinados, con sus ulemas que tienen en sus manos, por su iniciación en la táctica moderna, un nuevo medio de conquista para el Koran?

Mientras que asustada al fin el Austria de sus falsos cálculos se vería precisada á guardarse en fronteras en que los genizaros nada le dejaban que temer, una nueva insurrección militar, resultado posible de la humillación de las armas de Nicolás, estallaría quizá en San Petersburgo, y comunicándose de unos en otros pondría fuego al Norte de la Alemania. Eso es lo que no conocen los hombres que tratándose de política se han detenido en temores vulgares y en lugares comunes. Despachos y pequeñas intrigas son las barreras que el Austria pretende oponer á un movimiento que amenaza todo. Si la Francia y la Inglaterra tomasen un partido digno de ellas; si notificasen á la Puerta que en el caso de que el sultán cerrase los oídos á toda proposición de paz los hallaría sobre el campo de batalla en la primavera, esta resolución habría puesto pronto fin á las ansiedades de Europa.

Habiéndose traslucido en el mundo diplomático la existencia de esta *Memoria*, me atrajo una consideración que yo no rechazaba, pero que tampoco ambicionaba. No acierto á ver bien lo que podía sorprender á los positivos; mi guerra de España era una cosa muy positiva. El trabajo incesante de la revolución general que se opera en la vieja sociedad, ocasionando entre nosotros la caída de la legitimidad, ha trastornado cálculos subordinados á la permanencia de los hechos, tales como existían en 1828.

¿Quereis convenceros de la enorme diferencia de mérito y de gloria entre un gran escritor y un gran político? Mis trabajos diplomáticos han sido sancionados por lo que se reconoce como la habilidad suprema; es decir, por el éxito. Todo el que llegue á esta *Memoria*, la pasará sin duda por alto, y yo haría lo mismo en lugar de los lectores. Pues bien, supongamos que en vez de ese pequeño trabajo de cancillería se hallara en este escrito algun episodio por el estilo de Homero ó de Virgilio; aun cuando el cielo me hubiera concedido su genio, ¿quereis que se pasaran por alto los amores de Dido en Cartago, ó las lágrimas de Priamo en la tienda de Aquiles?

A Mad. Recamier.

«Roma, miércoles 10 de diciembre de 1828.

«He ido á la Academia tiberina, de la que tengo el honor de ser miembro. He oido discursos muy eruditos y bellísimos versos. ¡Cuánta inteligencia perdida! Esta noche tiene lugar mi gran *recevimento*: me siento consternado al escribirla.»

«11 de diciembre.

«El gran *recevimento* se hizo á las mil maravillas. Mad. de Ch. está encantada, porque hemos tenido á todos los cardenales de la tierra. Toda la Europa, en Roma, estaba allí con Roma. Ya que me hallo condenado por algunos días á este oficio, quiero desempeñarlo tan bien como cualquiera otro embajador. Los enemigos no quieren ningun género de triunfo ni aun de los mas miserables, y es castigarlos salir bien en un género en que ellos se creen sin igual. El sábado próximo me transformo en canónigo de San Juan de Letran, y el domingo convidado á comer á mis cofrades. Hoy ha tenido lugar una reunión mas

de mi gusto: cómo en casa de Mr. Puerin con todos los artistas, y vamos á acordar *vuestro* monumento para el Poussino. Un jóven discípulo de gran talento, Mr. Desprez, hará el bajo-relieve, tomado de un cuadro del gran pintor, y Mr. Lemoyne hará el busto. No falta aquí mas que manos francesas.

»Para completar mi historia de Roma, ha llegado Mad. de Castries. Esta es tambien una de esas jóvenes que tuve cuando niñas sobre mis rodillas, como á Cesarina, Mad. de Barante. Esta pobre mujer está muy cambiada: sus ojos se llenaron de lágrimas cuando le recordé su infancia en Lornion. Me parece que no hay ya encanto en la viajera. ¡Qué aislamiento! ¿Y por quién? Lo que encuentro mejor es ir á buscaros lo mas pronto posible. Si mi Moisés descendiese de la montaña, le pediría uno de sus rayos, para aparecer á vuestros ojos resplandiente y rejuvenecido.»

«Sábado 15.

»Mi comida en la Academia se ha verificado perfectamente. Los jóvenes estaban satisfechos: un embajador comía *entre ellos* por la primera vez: les he anunciado el monumento al Poussino, y esto es como si honrase ya sus cenizas.»

A la misma.

«Jueves 18 de diciembre de 1828.

»En vez de perder mi tiempo y el vuestro en referiros los hechos y circunstancias de mi vida, prefiero enviaros los consignados en el diario de Roma. Otros doce meses caen ya sobre mi cabeza. ¿Cuándo descansaré? ¿Cuándo dejaré de perder en los grandes caminos los días que se me habian concedido para hacer de ellos mejor uso? He gastado sin reparar en tanto que he sido rico: creía el tesoro inagotable. Ahora, al ver cuánto ha disminuido, y cuán poco tiempo me queda que poner á vuestras piés, siento oprimirme el corazón. Pero, ¿no hay una larga existencia despues de la de la tierra? Pobre y humilde cristiano, tiemblo ante el juicio final de Miguel Angel: no sé á dónde iré, pero en donde quiera que no esteis vos seré bien desgraciado. Cien veces os he consagrado mis proyectos y mi porvenir. Ruinas, salud, pérdida de toda ilusión, todo me dice: «Anda, retírate y concluye.» Al fin de mi jornada no hallo mas que á vos. Habeis deseado que señalase mi paso por Roma; ya está hecho: *F. A. de Ch. á Nicolás Poussino para gloria de las artes y honor de Francia.* ¿Qué me queda ya que hacer aquí? Nada, especialmente despues de haberme suscritto por la suma de cien ducados al monumento del hombre que mas amais (decid *despues que á mi*); el Taso.

«Roma, sábado 5 de enero de 1829.

»Vuelvo á mis felicitaciones de año nuevo: ¡que el cielo os conceda salud y larga vida! No me olvidéis: así lo espero, porque os acordáis bien de Mr. de Montmorency y de Mad. de Stael: tenéis la memoria tan buena como el corazón. Decía yo á Mad. Salvage que no conocía en el mundo nada tan bello ni mejor que vos.

»Pasé ayer una hora con el papa. Hemos hablado de todo, y de los asuntos mas elevados y graves. Es hombre muy distinguido é ilustrado, y príncipe lleno de dignidad. No faltaba á las aventuras de mi vida política sino estar en relaciones con un soberano pontífice: esto completa mi carrera.

»¿Queréis saber exactamente lo que hago? Me levanto á las cinco y media; me desayuno á las siete; á

las ocho paso á mi despacho: os escribo ó despacho algun asunto, si los hay (los detalles para los establecimientos franceses y para los pobres franceses son bastante grandes): al medio día voy á pasear por dos ó tres horas entre ruinas, ó á San Pedro, ó al Vaticano. A veces hago alguna visita obligada, antes ó despues del paseo; á las cinco me retiro; me visto para la reunion; como á las seis; á las siete voy á una tertulia con Mad. de Ch., ó recibo á algunas personas en mi casa. A eso de las once me acuesto ó vuelvo al campo, á pesar de los ladrones y de la malaria. ¿Qué hago allí? Nada: escuchar el silencio, y mirar cómo pasa mi sombra de pórtico en pórtico ó á lo largo de los acueductos, alumbrados por la luna.

»Los romanos están tan acostumbrados á mi vida *metódica*, que les sirvo para saber las horas. Ya pueden darse prisa, pues pronto habrá terminado la vuelta del cuadrante.»

A Mad. Recamier.

«Roma, jueves 8 de enero de 1829.

»Soy muy desgraciado: desde el tiempo mas hermoso del mundo, hemos pasado á las lluvias; de suerte que no puedo dar ya mis paseos. Ese era, no obstante, mi único momento bueno del día. Me paseaba pensando en vos por esos campos desiertos, que ligaban en mis sentimientos lo futuro y lo pasado. Porque en otros tiempos hacia yo tambien los mismos paseos. Voy una ó dos veces por semana al sitio en que se ahogó la inglesa: ¿quién se acuerda hoy de aquella pobre jóven, miss Bathurst? Sus compatriotas galopan á lo largo del río sin pensar en ella. El Tiber, que ha visto otras muchas cosas mas, no se inquieta lo mas mínimo por esta. Por otra parte, sus olas se han renovado, y corren tan pálidas y serenas como cuando pasaron sobre aquella pobre criatura llena de esperanza, de belleza y de vida.

»Vedme aquí, remontado bien alto, sin haberlo advertido. Perdonad á una pobre liebre retenida y mojada en su guarida. Debo referiros una historieta de mi último *martes*. Había en la embajada una muchedumbre inmensa, y yo estaba de pié, recostado de espaldas contra una mesa de mármol, saludando á las personas que entraban y salían. Una inglesa, á quien no conocía ni de vista ni de nombre, se acercó á mí, y mirándome al entrecejo, me dijo con ese acento que sabeis: — «¡Mr. de Chateaubriand, sois muy desgraciado!» Sorprendido del apóstrofe y de aquel modo de entrar en conversacion, le pregunté qué era lo que quería decir. — «Quiero decir, me respondió la inglesa, que os compadezco.» Y al decir esto se agarró del brazo de otra inglesa, se perdió entre la multitud, y no la volví á ver en el resto de la noche. Aquella extranjera no era jóven ni bonita: sin embargo, le agradezco sus palabras misteriosas.

»Vuestros periódicos continúan ocupándose de mí, con tenacidad. No sé qué mosca les pica. Debía yo creerme olvidado tanto como lo deseo.

»Escribo á Mr. Thierry por el correo. Está en Hyères bastante malo. Ni una palabra en contestacion á Mr. de la Bouillerie.»

A Mr. Thierry.

«Roma 18 de enero de 1829.

»He tenido gran placer en recibir la nueva edicion de vuestras *cartas*, con una palabra que prueba que habeis pensado en mí. Si esa palabra fuese de vuestra mano, esperaría en bien de mi país que vuestros ojos volverían á abrirse á los estudios de que vuestro talento seca un partido tan maravilloso. Leo, ó mas bien recorro nuevamente con avidez esa obra demasiado

corta, y voy doblando todas las hojas á fin de recordar mejor los pasajes en que me quiero apoyar. Mucho os citaré, caballero, en los trabajos que preparo hace tantos años sobre las dos primeras razas.

»Pondré á cubierto mis ideas y mis investigaciones detrás de vuestra elevada autoridad; adoptaré con frecuencia vuestra reforma de nombres, y por último, tendré la fortuna de ser casi siempre de vuestra opinion, separándome, bien á pesar mio, por cierto, del sistema propuesto por Mr. Guizot; pero yo no puedo, con este ingenioso escritor, derribar los monumentos mas auténticos, hacer de todos los francos *nobles y hombres libres*, y de todos los romanos-gaulas *esclavos de los francos*. La ley sálica y la ley ripuaria tienen una multitud de artículos fundados en la diferencia de condiciones entre los francos: *Si quis ingenuus ingenuum ripuarium extra solum vendiderit etc.*

»Ya sabeis, caballero, que os deseaba con ansia en Roma. Nos sentíamos sobre ruinas, y allí me enseñarías la historia: discípulo ya viejo, habría yo escuchado á mi jóven maestro con el solo pesar de no tener delante de mí bastantes años para aprovecharme de sus lecciones.

»Tal es la suerte del hombre; se instruye con la edad; pero, ¿de qué le sirve ser sabio, cuando tiene tan cerca el fin?

»Estos conceptos son de una oda inédita, compuesta por un hombre que ya no existe, por mi antiguo y buen amigo Fontanes. De suerte, caballero, que todo me anuncia, entre los escombros de Roma, lo que he perdido, el poco tiempo que me queda, y la brevedad de esas esperanzas que me parecían tan largas en otro tiempo: *spem longam*.

»Estad persuadido, caballero de que nadie os admira ni os es mas afecto que vuestro servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

DESPACHO AL CONDE DE LA FERONNAIS.

«Roma 12 de enero de 1829.

»Señor conde: He visto al papa el 2 de este mes, y ha tenido la bondad de retenerme en su compañía por espacio de hora y media. Voy á daros cuenta de la conversacion que he tenido con Su Santidad.

»En primer lugar se ha tratado de la Francia. El papa ha empezado á hacer los mas sinceros elogios del rey. — «En ninguna época, me ha dicho, ha presentado la familia real de Francia un cuadro tan completo de distinguidas cualidades y de virtudes. Hoy se halla restablecida la calma entre el clero, y los obispos han hecho su sumision.

— «Esta sumision, he respondido, es debida en parte á las luces y á la moderacion de vuestra santidad.

— «Yo solo he aconsejado, respondió el papa, hacer lo que me parecia razonable. Lo espiritual no se hallaba comprometido por las ordenanzas; los obispos habrian hecho quizá bien en no escribir su primera carta; pero despues de haber dicho *non possumus*, era difícil retroceder. En el momento de su adhesion han tratado de que no apareciesen sus acciones y su lenguaje sino en la menor contradiccion posible. Es necesario perdonarlos. Son hombres piadosos, muy adictos al rey y á la monarquía; pero tienen sus debilidades como todos los hombres.»

«Todo esto, señor conde, lo decía el papa en frances muy claro y muy correcto.

»Despues de haber dado gracias al padre santo por la confianza que me dispensaba, le he hablado con mucha consideracion del cardenal secretario de Estado.

— «Le he elegido, me respondió, porque ha viajado mucho; porque conoce los negocios generales de la Europa, y porque me ha parecido tener la especie de

capacidad que exige su posicion. Por lo demás, respecto á vuestras ordenanzas, no ha escrito mas que lo que yo pensaba y le ordenaba escribir.

— «¿Podría comunicar á Su Santidad, he proseguido, mi opinion sobre la situacion religiosa de la Francia?

— «Me dareis un gran gusto en ello, me ha respondido el papa.»

»Suprimo algunos cumplimientos que Su Santidad tuvo á bien dirigirme.

— «Pienso, pues, santísimo padre, que el mal proviene de un error del clero; en vez de apoyar las nuevas instituciones, ó al menos guardar silencio acerca de ellas, ha dejado escapar palabras de vituperio, por no decir mas, en sus discursos y pastorales. La impiedad, que no sabia de qué acusar á los ministros de la Iglesia, ha recogido estas palabras y hecho de ellas un arma, y gritado que el catolicismo era incompatible con el establecimiento de las libertades públicas, y que habia guerra á muerte entre la Carta y los sacerdotes. Con una conducta diferente nuestros eclesiásticos habrian obtenido de la nacion todo lo que hubieran querido. En Francia hay un gran fondo de religion y una inclinacion visible á olvidar nuestras antiguas desgracias al pié de los altares; pero tambien hay una verdadera adhesion á las instituciones dadas por el hijo de San Luis. Es imposible calcular el grado de poder á que habria llegado el clero si se hubiese mostrado á la vez amigo de la religion y de la Carta. Yo he proclamado constantemente esta política en mis escritos y en mis discursos; pero las pasiones del momento no permitian entenderlos, y me tomaban por un enemigo.»

»El papa me habia escuchado con la mayor atencion.

— «Participo de vuestras ideas, me ha dicho despues de un momento de silencio. Jesucristo no se ha pronunciado sobre la forma de los gobiernos. *Dad al César lo que es del César*, solo quiere decir: «Obedeced á las autoridades constituidas.» La religion católica ha prosperado lo mismo en medio de las repúblicas que en el seno de las monarquías; ella hace hoy inmensos progresos en los Estados-Unidos, y reina exclusivamente en las Américas españolas.»

»Estas palabras son muy notables, señor conde, en el momento mismo en que la Corte de Roma se inclina mucho á preconizar á los obispos nombrados por Bolívar.»

»El papa ha proseguido:

— «Ya veis cuán grande es la afluencia á Roma de extranjeros protestantes; su presencia es muy conveniente al país, no solo por la utilidad que de ellos reporta, sino tambien por otro concepto: los ingleses llegan aquí con las mas extrañas ideas sobre el papa y el papado, el fanatismo del clero y la esclavitud del pueblo; pero apenas pasan dos meses entre nosotros, se desvanecen sus preocupaciones. Ven que no soy mas que un obispo como otro cualquiera; que el clero romano no es ignorante ni perseguidor, y que mis vasallos no son bestias de carga.»

»Animado por la especie de efusion del corazón conque hablaba el papa, y queriendo ensanchar el círculo de la conversacion, dije al soberano pontífice:

— «¿Pensaría vuestra santidad que es llegada la hora de reconstruir la unidad católica y de reconciliar á las sectas disidentes por medio de algunas concesiones de poca entidad acerca de la disciplina? Las preocupaciones contra la Corte de Roma desaparecen en todas partes, y no hace mucho que la obra de la reunion fue intentada por Leibnitz y Bossuet.

— «Esta es una gran cosa, me ha dicho el papa; pero yo debo esperar el momento fijado por la Providencia. Convengo en que las preocupaciones desaparecen; la division de las sectas en Alemania ha pro-